

minó la horrible agonía del infeliz anciano. Después de esto, los indios mataron á otros veinte hombres, se llevaron veinte y nueve prisioneros y quemaron el pueblo. Esto ocurrió á fines de junio de 1689, y en agosto y setiembre, fueron atacados también varios puntos, tales como Pemaquid y Casco, si bien este rechazó á sus enemigos merced al valor de Church, el famoso partidario en las guerras del rey Felipe. Todos los demás pueblos de la parte oriental fueron asolados.

Hacia mediados de octubre, llegó al Canadá el conde Frontenac, que fué reelegido gobernador, trayendo consigo los indios que se hallaban en Francia en clase de prisioneros, así como también numerosas tropas y provisiones. Aunque rayaba ya en los sesenta y ocho años, el conde Frontenac, hallábase dotado de un gran vigor y energía, y habiendo resuelto invadir Nueva-York por tierra y por mar, formó tres cuerpos de tropas para caer sobre los ingleses y causarles los mismos daños y perjuicios que antes sufriera el Canadá por los ataques de los Iroqueses, esos firmes aliados de los enemigos de Francia.

Schenectady fué el primer punto designado para ser destruido, y en su consecuencia, en el frío mes de enero, salió de Cagnawaga, pueblo situado casi en frente de Montreal, junto al St. Lawrence, una expedición compuesta de ciento diez hombres, la mayor parte de los cuales eran Mohawks convertidos, mandados por oficiales franceses. Por espacio de veinte y dos días fueron caminando á través de las nieves, sufriendo toda clase de fatigas, hasta que el fin, al 8 de febrero llegaron á las inmediaciones de Schenectady. Era este un pequeño pueblo holandés, situado sobre el Mohawk, que se componía de unas cuarenta casas; aunque protegido por una empalizada, nadie guardaba las puertas, y á media noche, dormían profundamente sus

moradores. Lo muy distante que se hallaba el pueblo de la frontera francesa y el rigor del invierno les indujo á suponer que se hallaban seguros de todo ataque, pero bien pronto recibieron un terrible desengaño, y el salvaje grito de guerra hizo saltar á todos de sus lechos poseídos de terror. No hubo tiempo para prepararse á la resistencia; los franceses y los indios habían penetrado en la ciudad en diversos grupos, las casas fueron saqueadas, y en medio de los gritos de espanto de las mujeres y de los niños, cometieronse todas las atrocidades que el espíritu de venganza y crueldad de los indios podía sugerirles. Hombres, mujeres y niños cayeron bajo los golpes del *tomahawk* en sangrienta confusión; sesenta murieron en el acto en aquella espantosa carnicería; veinte y siete fueron hechos prisioneros, y acto continuo los salvajes pegaron fuego al pueblo. Al resplandor de las llamas que iluminaban tan terrible catástrofe, los pocos que pudieron salvarse emprendieron la fuga medio desnudos, á través de los campos cubiertos de nieve, para refugiarse en Albania, á donde llegaron sembrando el terror y la confusión al referir el sangriento drama que acababan de presenciar.

La segunda partida armada que envió Frontenac, se componía tan solo de cincuenta y dos hombres, los cuales salieron de Three Rivers, pueblo que se halla á la mitad del camino de Montreal á Quebec y encaminándose por Saint Francis y el valle del Connecticut, llegaron á Salmon Falls, otro pueblo situado cerca del brazo mayor del Piscataqua. Cayendo repentinamente sobre él (27 marzo) mataron á la mayor parte de los hombres que lo habitaban, quemaron las casas é hicieron cincuenta y cuatro prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, los cuales se llevaron con la intención de venderlos como esclavos en el Canadá. Para que el lec-

tor pueda formarse una idea de los horrores de aquella guerra, extractamos el siguiente párrafo de la relación de uno de los cautivos:

«Cuando los indios me sacaban de mi casa, cogieron también á mi hijo mayor, de unos cinco años, que estaba á la puerta; el mediano, que no tendría más de tres, se hallaba sentado junto á la lumbre y lloraba amargamente gritándome que no me fuera y quejándose de los salvajes.

»Aquellos monstruos no quisieron dejar detrás al niño; cogieronle de la mano y le hicieron salir de la casa, pero la pobre criatura se resistía tanto y lloraba y gritaba de tal modo, que le cogieron por los pies y le estrellaron contra la puerta, después de lo cual cortaronle la piel del cráneo, dejándole cadáver. Al presenciar tan espantosa crueldad lancé un grito terrible, parecióme que una nube cubría mis ojos y que iba á perder el sentido; pero entonces el salvaje me dió un golpe en la cabeza y me hizo volver en mí. Durante esta horrible escena yo no solté á mi niño pequeño de mis brazos.

»Tan pronto como hubieron cometido este asesinato, lleváronme á la orilla opuesta y allí presencié otra crueldad inaudita, pues apenas hubimos desembarcado, mi hijo mayor, que aun sollozaba lamentándose por la muerte de su hermanito, fué también asesinado.

»Uno de los indios me mandó que me alejara, sin duda para que no viese aquel acto de barbarie, y entre tanto otro de sus compañeros desenvainó su *tomahawk*, y con aquel terrible instrumento de muerte cortó la piel del cráneo á mi segundo hijo no sin haberlo rematado antes.

»Al contemplar aquella segunda carnicería caí al suelo sin sentido con mi hijo pequeño en las brazos, y no sé cuánto tiempo permanecí privado de conocimiento.

»La primera cosa que noté al volver en mí, fué una especie de sopor profundo, y al dirigir mis ojos en derredor, vi en la mano de uno de los salvajes la piel del cráneo de mi tercer hijo que aun goteaba sangre. Entonces me desmayé otra vez, y al recobrar los sentidos recordé los furiosos golpes que me habían dado aquellos salvajes, quienes, después de volverme á maltratar cruelmente, me ayudaron para que me levantase, llevándome consigo.»

Cuando volvían los indios de esta expedición encontráronse con otra partida que acababa de salir de Quebec, y uniéndose ambas fuerzas, atacaron á Casco. Parte de la guarnición quedó destruida y los demás se rindieron como prisioneros de guerra.

El terror producido por estos ataques en las colonias, no solo sirvió para confirmar los rumores y relaciones que se hacían al hablar del implacable odio de los franceses contra todos aquellos á quienes consideraban como herejes, sino que también fué causa de que se despertase el espíritu y sed de venganza, largo tiempo contenido. En su consecuencia, en el mes de mayo de 1690, reuniéronse en Nueva-York varios delegados del Massachusetts y Connecticut, y siguiendo el parecer de Leisler, proyectóse un plan para la conquista del Canadá. Según este, acordóse que saldría de Boston

1690.
una flota para atacar á Quebec, en tanto que novecientos hombres enganchados en el Connecticut y Nueva-York marcharían por tierra contra Montreal.

Sir William Phipps, hombre de escaso mérito, pero de bastante suerte, y que tiempo atrás había asolado la Acadia con una pequeña flota y unos siete ú ochocientos hombres, fué nombrado jefe de la expedición por mar, consistente en treinta y dos buques y dos mil hombres.

Otros tres buques enviados por Leisler desde Nueva-York se unieron á los expedicionarios. Las fuerzas de tierra iban al mando de Winthrop, hijo del último gobernador del Connecticut, pues Milbourn desempeñaba el cargo de comisario.

El resultado de ambas expediciones fué bastante desgraciado. Schuyler y los Iroqueses que se dirigian hácia Montreal fueron rechazados por Frontenac y su gente, y el resto de las fuerzas avanzaron hasta poco mas allá del lago Jorge, donde se vieron detenidas por haberse declarado la viruela y por la falta de víveres. Esto fué causa de que se acriminase al jefe de la expedición por tierra, haciéndole cargos por su poca prevision, y de tal modo se encolerizó Leisler al tener noticia del desgraciado éxito de la empresa, que mandó arrestar á Winthrop en Albania.

Habiendo llevado un corredor indio á Frontenac la noticia del proyectado ataque contra Quebec, aquel enérgico veterano dirigióse presuroso á dicha ciudad, logrando llegar tres dias antes de presentarse á la vista la flota mandada por Phipps, quien, no teniendo pilotos ni cartas, habia tardado nueve semanas en el viaje. Este jefe, que esperaba sorprender la plaza, encontró, no solo que era casi inexpugnable por su posicion, sino que estaba muy bien preparada á la defensa, merced á la actividad y energía del gefe francés.

A pesar de este contratiempo imprevisto, Phipps trató de imponer á su enemigo, y por consiguiente intimó á Frontenac á que se rindiera en nombre del rey Guillermo de Inglaterra, concediéndole una hora para que contestase. El oficial inglés portador del mensaje fué introducido con los ojos vendados á presencia de Frontenac, que estaba con sus oficiales en la cámara del consejo del castillo de Quebec. — «Leed vuestro mensaje,»

— exclamó Frontenac. El oficial inglés, sacando entonces su reloj y poniéndolo sobre la mesa dijo: — «Ahora son las diez: á las once espero vuestra contestacion.» Encolerizado al escuchar tan presuntuoso lenguaje replicó el veterano: — «Yo no reconozco al rey Guillermo, y sé muy bien que el Príncipe de Orange es un usurpador que ha violado los mas sagrados derechos de la sangre y de la religion.» Al pronunciar estas palabras, y como el oficial le manifestase que se escribiría su respuesta, gritó Frontenac exasperado: — «Decid á vuestro amo que le contestaré con la boca de mis cañones, para que sepa que á un hombre de mi clase no se le hace semejante intimacion.» Viendo Phipps que no podria hacer nada y que el invierno estaba próximo, abandonó la empresa, vergonzoso y desconcertado, y despues de perder varios buques entre los peligrosos escollos del Saint Lawrence, llegó á Boston con su averiada flota en el mes de diciembre. En aquella época hallábase el tesoro exhausto, y como las tropas amenazaban insurreccionarse, el gobierno colonial, viendo que era necesario ante todo evitar semejante conflicto, emitió el primer papel moneda que circuló en las colonias inglesas. La cantidad representada por dicho papel ascendia á unas ciento treinta mil libras. Frontenac escribió á Francia dando parte de su triunfo, y para conmemorar su valerosa conducta en la defensa del Canadá, mandó el rey acuñar una medalla con esta inscripcion: «*Francia in novo orbe victrix: Kebeca Liberata A. D. M. D. C. X. C.*» Al mismo tiempo mandóse erigir una iglesia en la parte baja de la ciudad dedicada á *Nuestra Señora de las Victorias*. Poco tiempo despues una flota francesa se apoderó de Acadia, devolviéndola á sus primitivos poseedores.

Debiera creerse que esta desgraciada lucha

era ya de por sí suficiente calamidad para Nueva-York y el Massachusetts, y sin embargo, ambas colonias tuvieron que presenciar trágicas escenas y sucesos mucho mas deplorables aun que las sangrientas escursiones de indios y franceses. Ya hemos dicho cuál fué el desgraciado fin de la vida de Leisler, aquel primer mártir de la política, que regó con su sangre el suelo de Nueva-York. Estenuado Massachusetts con sus anteriores

luchas hallábase por su parte espuesto á frecuentes ataques. Sir William Phipps volvió en 1692 de Inglaterra, á donde habia ido con su nueva carta de Massachusetts y en clase de gobernador, para solicitar se le encargase de una expedición contra Quebec. Dicha carta ofrecia ventajas en ciertos puntos, pero no en todos. Aumentábase considerablemente la estension de la provincia; el gobernador debia nombrarse por la corona y tendria derecho para intervenir en los actos del Congreso general; reservábase al rey el derecho de anular cualquiera ley despues de haber regido tres años, y se observaba la tolerancia religiosa con todos menos con los papistas, hiriendo así de muerte al absolutismo teocrático que por tanto tiempo prevaleciera. Ultimamente, Plymouth se unia al Massachusetts, separándose de ellos New-Hampshire, contrariamente á lo que se deseaba. Al regresar Phipps, conoció bien pronto, no solo que le esperaban graves disgustos y molestias, á consecuencia de las frecuentes escursiones del Canadá y los pesados gastos de la guerra, sino que tambien tendria que pasar por las mas rudas y terribles pruebas. Vamos á decir cuáles fueron por mas que la relacion parezca increíble.

En aquella época era muy general en Inglaterra creer en la brujería, que se consideraba como un crimen, especialmente desde la publicacion de un decreto de Jacobo I,

quien habia escrito un tratado sobre el arte de reconocer á las hechiceras. Durante algun tiempo, muchas personas fueron víctimas de esta supersticion popular, y poco despues de la restauracion, Sir Mathew Hale, respetado en las colonias por su cristiandad y sabiduría, no menos que se respetaba á la madre patria, habia mandado ejecutar á dos pobres ancianas en Sullfolk por este supuesto crimen. Los cuentos de las hechiceras y de sus hechos eran entonces moneda corriente, y no es de estrañar que un pueblo como Nueva-Inglaterra, cuyo carácter era naturalmente grave, y que considerando como un decreto de la Providencia cada incidente de la vida, creyera en la influencia de los espíritus y en las revelaciones, aceptando al momento como artículo de fé, un error de semejante naturaleza.

A pesar de que la opinion general creia una verdad lo de los hechizos, habian pasado muchos años sin que se llevase á cabo ninguna ejecucion por este delito. Sin embargo, en 1688, siendo todavía 1688. Andros gobernador, cuatro niños, hijos de padres muy piadosos, comenzaron á dar señales de estar hechizados. Entre ellos habia una niña de trece años que acusó de robo á una criada irlandesa, y resentida la madre de ésta, quejóse amargamente, protestando indignada de semejante acusacion. Pero poco despues, para vengarse sin duda de la vieja irlandesa, la niña y otros chicos de menos edad comenzaron á hacer estravagancias, tales como chillar y saltar, fingirse ciegos, sordos ó mudos y otras tontunas por el estilo. Cotton Mather, hombre de bastante instruccion, pero vanidoso, crédulo y fanático, pasó todo un dia orando fervorosamente con otros sacerdotes, é hizo volver en sí al menor de los niños; pero no á los otros, que acusaron á la vieja de haberlos hechizado. La pobre mujer fué arrestada y sometida á

un tribunal, y aunque era casi evidente que la acusada mas bien que otra cosa, estaba medio loca ó tonta, los médicos certificaron hallarse en su sano juicio, por lo cual se la condenó á muerte y á poco tuvo lugar la ejecucion. Cotton Mather se llevó á su casa á la niña mayor, que continuaba con las mismas extravagancias, y entonces aquel crédulo hombre se puso á estudiar formalmente el fenómeno, y escribió un extenso informe con el título de: «Casos memorables relativos á las hechiceras y los poseidos.» En el prefacio de aquel escrito firmado por otros cuatro sacerdotes de Boston, se leía lo siguiente: «Hay una multitud de incrédulos en nuestros días y llegaremos, segun la opinion de esos profundos filósofos, á no creer sino en lo que se vé y se siente. Es muy doloroso el observar cómo ha ido ganando terreno esa loca creencia en esta edad de corrupcion; pero Dios, no obstante, permite que haya demonios cuyos hechos en el mundo podrán tapan la boca y convencer á los incrédulos arrancándolos una confesion.» Esta memoria se volvió á publicar en Inglaterra y aun se indujo á Richard Baxter á escribir un prefacio aprobando con su conformidad estos inverosímiles cuentos. La muchacha causa de todo esto no llamó, sin embargo, la atencion de nadie, y de presumir es que llegaria á ser lo que otros muchos perversos y fastidiosos niños de su edad.

Pero la cosa no debia acabar aquí. Habíase sembrado la semilla, y el fruto no tardó en madurar. Cerca de cuatro años despues de ocurrir el caso de que hemos hecho mencion, tres muchachas de la familia de Mr. Parris, sacerdote de Salem, ahora Danvers, comenzaron á conducirse de tal modo, que segun el parecer de los doctores, era evidente se hallaban hechizadas. Tituba, anciana criada india, que se habia valido de ciertos amule-

tos para descubrir á la hechicera, fué acusada ella misma por las niñas, y habiéndola instado su amo con el mayor empeño para que dijese la verdad, confesóse al fin culpable. Al saber esto se fijó un día de ayuno por los sacerdotes de los alrededores, y entre ellos se presentó Cotton Mather, gloriándose en la confirmacion de sus asertos. Esto produjo una escitacion general; las muchachas se acusaban unas á otras; los ministros del altar recibieron implicitamente sus declaraciones y los encontrados pareceres de los feligreses de Parris, si no indujeron á nuevas acusaciones falsas y voluntarias, facilitaron cuando menos la creencia de ellas. Parris eligió para su sermon del domingo siguiente estas palabras: «Yo he elegido doce de vosotros, y hay uno que es un demonio.» Al oír esto, la hermana de uno de los acusados, creyéndose ofendida, se levantó y se fué, por lo cual la denunciaron inmediatamente y quedó arrestada como cómplice.

Este asunto comenzó á tomar cierto carácter de gravedad, y dióse tanta importancia á lo que habia sucedido, que en el mes de abril, el diputado gobernador (esto sucedia antes de la llegada de Phipps), se trasladó á Salem y con otros cinco magistrados formó un tribunal. Parris, funcionando como sacerdote y acusador, mostróse muy diligente en descubrir hechiceras, produciendo nuevas acusaciones. Las poseidas se ponian en un sitio y las hechiceras en otro, teniendo á las segundas sujetas por los brazos para que no atormentasen á las victimas, las cuales aseguraban hallarse perseguidas por los espectros de las hechiceras que querian obligarlas á que hiciesen un pacto con el diablo, y las maltrataban cuando se negaban á ello.

El marido de Elizabeth Procter, una de las acusadas, tuvo el atrevimiento de acompañarla al tribunal, pero al entrar gritó una

de las poseidas: «Ahí está el esposo Procter que va á cojer por los piés á Mrs. Pope;» y al decir esto, la aludida manifiesta que se siente cojer. «Ahora se va á apoderar de ella,» esclama otro, y en un momento la poseida se desmaya en medio de violentas convulsiones. Basta con esto para dar una idea de los inconcebibles errores de que se dejaba arrastrar aquella gente y de las ridículas escenas que ocurrían á cada momento. Víctimas del fanatismo y del terror, de creer es que la razon é inteligencia de acusados y acusadores se hallaba sujeta á un deplorable extravío; alarmados muchos por las consecuencias que se atribuían á su intervencion, creyeron sin duda por un momento ser lo que parecían; en tanto que otros, no encontrando seguridad sino en la confesion, hicieron declaraciones falsas, hablando de entrevistas con el diablo y de brujas que se remontaban por el aire montadas en el palo de una escoba. Todas estas relaciones y estraños cuentos, influyendo en el ánimo de personas persuadidas ya de la realidad del crimen, acabaron de confirmarlas en su error, dando esto lugar á que fuese ensanchándose el círculo de las acusaciones y confesiones. Cuando llegó el gobernador Phipps habia ya cerca de cien personas encarceladas, y la excitacion iba en aumento,

El nuevo gobernador, que se hallaba bajo la influencia de Increase Mather y de su hijo Cotton Mather, procedió de una manera enérgica en la obra que encontraba empezada. Mandó poner grillos á los prisioneros y organizó un tribunal especial para juzgar á los acusados, nombrando presidente del mismo al teniente gobernador Stoughton. A principios del mes de junio reunióse dicho tribunal, y en pocos días mandó ahorcar á una anciana convicta de su crimen, *evidentemente*, y permitasenos esta palabra, que en el caso

actual no podrá menos de parecer un absurdo á las personas sensatas. En la segunda sesion, celebrada el 30 de junio, fueron juzgadas cinco mujeres, á quienes se declaró convictas. Una de ellas, Rebeca Nurse, jóven de excelente carácter, iba á ser absuelta; pero habiendo empezado á gritar la acusadora, procedióse á la ejecucion de las cinco victimas. Hubo algunas, no obstante, que se atrevieron á resistir y á desafiar á sus acusadores:—«¡Sois una hechicera, y bien sabeis que esto es verdad!» dijo el ministro Noyes dirigiéndose á Sara Good.—«¡Y vos sois un embustero! contestó la mujer, y si me quitais la vida, Dios os castigará y os abrasareis en los infiernos.»

En la tercera sesion del tribunal, que tuvo lugar á principios de agosto fueron juzgados seis prisioneros y declarados convictos, contándose entre ellos el esposo de Elisabeth Procter y John Willard, cuya conducta se temia promoviese algun trastorno en el momento de la ejecucion, como habia sucedido con Borroughs. Era éste un sacerdote, que por razones que no importa citar, habia perdido su popularidad, no solo entre sus feligreses, sino tambien entre los demás compañeros, cuya opinion y convicciones combatió siempre, declarando que no creia en la posibilidad del crimen por el cual se quitaba la vida á tantas personas. Entre otras cosas se le acusó de hallarse dotado de una fuerza sobrenatural, por *ayuda del demonio*, y habiéndosele condenado á muerte, dejó asombrada á la mayor parte de la multitud que presenciaba su ejecucion, cuando le vieron orar fervorosamente momentos antes de la hora fatal, cosa que se creia imposible para los hechiceros. Los espectadores comenzaron á verter lágrimas, y hubo un movimiento general para impedir la ejecucion; pero aquella peligrosa simpatía fué contenida al punto por